

EL JARDÍN DE LAS MARIPOSAS

DOT HUTCHISON

EL JARDÍN DE LAS MARIPOSAS

Traducción de Graciela Romero

 Planeta Internacional

Diseño de portada: © Damon Za Design

Título original: *The Butterfly Garden*

© 2018, Dot Hutchison

© Traducción: Graciela Romero Saldaña

Esta edición es posible según un acuerdo de licencia que se origina con Amazon Publishing, www.apub.com, en colaboración con Sandra Bruna Agencia literaria.

Derechos reservados

© 2018, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial PLANETA M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2

Colonia Polanco V Sección

Delegación Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

Primera edición en formato epub: febrero de 2018

ISBN: 978-607-07-4691-8

Primera edición impresa en México: febrero de 2018

ISBN: 978-607-07-4647-5

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso en México - *Printed and made in Mexico*

Los técnicos le informan que la chica que está al otro lado del cristal no ha dicho ni una sola palabra desde que llegó. Al principio no le sorprende, tomando en cuenta los horrores por los que ha pasado, pero al contemplarla desde el otro lado del falso espejo, comienza a cuestionárselo. Está desplomada sobre una silla de metal, con la barbilla apoyada en una mano vendada, mientras que con la otra traza símbolos sin sentido en la superficie de acero inoxidable de la mesa. Tiene los ojos entornados y, debajo de ellos, unas sombras oscuras magullan su piel; su cabello negro, que lleva recogido en un chongo desaliñado, se ve sucio y sin vida. Es evidente que está exhausta.

Pero no diría que está traumatizada.

Mientras le da un trago a su café, el agente especial del FBI Victor Hanoverian observa a la chica y espera a que lleguen los demás miembros de su equipo. O al menos su compañero. El tercer miembro fundamental de su equipo está en el hospital con las otras chicas, intentando conseguir información sobre su estado y, si es posible, sus nombres y sus huellas digitales. Otros agentes y técnicos están en la propiedad, y lo poco que ha sabido de ellos despertó en su interior el deseo de llamar a sus propias hijas para asegurarse de que están bien. Pero Victor sabe cómo tratar a las personas, especialmente a los niños traumatizados, así que lo mejor es que siga aquí, esperando para entrar y hablar específicamente con esta víctima.

Alrededor de la nariz y de la boca de la chica nota las marcas rosadas y apenas visibles de la máscara de oxígeno, y también puede ver las manchas de mugre y hollín en su cara así como la ropa que le han prestado. Tiene las manos y el brazo derecho envueltos en vendas; el agente puede seguir la línea abultada que dibujan las que están debajo de la delgada camiseta que alguien del hospital le dio. La chica vestida con los pantalones de cirugía verdes tiembla y mantiene los pies encogidos para no tocar el suelo frío, pero no se queja.

Victor ni siquiera sabe su nombre.

No conoce los nombres de la mayoría de las jóvenes a las que rescataron ni de aquellas que no alcanzaron a salvar. Esta chica sólo ha hablado con las demás, e incluso en esa plática no se mencionaron nombres ni ninguna otra información. Sólo..., bueno, algo que no puede definir como consuelo. «O te vas a morir o no, así que relájate para que los doctores puedan trabajar» no eran exactamente palabras de aliento, pero así fue como parecieron tomarlas las otras chicas.

Ella se reacomoda en la silla y extiende los brazos sobre su cabeza con lentitud hasta que su espalda se curva como la cuerda de un arco. Los micrófonos captan el doloroso crujido de una vértebra. Negando con la cabeza, se deja caer sobre la mesa, apoya la mejilla contra el metal y coloca las palmas contra la superficie. Está de espaldas al espejo, de espaldas a él y a los demás que sabe que deben de estar ahí, pero el ángulo ofrece otro detalle de interés: las líneas.

Los empleados del hospital le dieron una foto al agente; sólo son visibles los bordes de colores brillantes que se asoman por la parte de atrás de sus hombros. Es difícil ver el resto del diseño, pero la camiseta no es lo suficientemente gruesa como para ocultarlo por completo. Saca la fotografía de su bolsillo y la sostiene contra el cristal; pasan la mirada sobre el papel brillante y alcanza a ver del diseño en la espalda de la chica. No sería relevante si no fuera porque sólo una de las chicas no lo tiene. Diferentes colores, diferentes diseños, pero todos básicamente iguales.

—¿Cree que se los ha hecho él, señor? —pregunta uno de los técnicos mientras observa a la chica en el monitor. Esa cámara está posicionada al otro lado de la sala de entrevistas y ofrece una vista ampliada de su cara, sus ojos cerrados y su respiración lenta y profunda.

—Ya lo descubriremos.

No le gusta hacer suposiciones, especialmente cuando saben tan poco. Esta es una de las pocas veces en su carrera en las que lo que encontraron fue mucho más terrible de lo que imaginaban. Está acostumbrado a pensar lo peor. Cuando un niño se pierde, trabaja como loco, pero no espera encontrarlo con vida. Quizá lo desea, pero no lo espera. Ha visto cadáveres tan pequeños que es increíble que haya féretros de su tamaño; ha visto niños que fueron violados antes de que conocieran el significado de la palabra, pero de algún modo este caso es tan inesperado que no sabe qué pensar.

Ni siquiera sabe cuántos años tiene la chica. Los doctores suponen que está entre los dieciséis y los veintidós, pero eso no lo ayuda mucho. Si tiene dieciséis, probablemente debería estar ahí un representante de protección al menor, pero ya se arremolinaron en el hospital como un enjambre y sólo complicaron las cosas. Ofrecen servicios valiosos y necesarios, pero eso no hace que estorben menos. Victor intenta pensar en sus hijas, en qué harían si estuvieran encerradas en un cuarto como esta chica, pero ninguna de ellas tiene tanto autocontrol. ¿Eso significa que es mayor? ¿O sólo demostró tener más práctica en verse impasible?

—¿Sabemos algo más de Eddison o Ramírez? —le pregunta a los técnicos sin dejar de observar a la chica.

—Eddison viene en camino; Ramírez sigue en el hospital con los padres de la más pequeña —reporta una de las mujeres. Yvonne no mira a la chica que está en la habitación, ni siquiera a través de los monitores. Tiene una bebé en casa. Victor se pregunta si debería sacarla del caso, pues apenas es su primer día de regreso al trabajo, pero decide que ella misma dirá algo si no puede soportarlo.

—¿Esa fue la que desencadenó la búsqueda?

—Sólo estuvo perdida un par de días. Desapareció del centro comercial mientras estaba de compras con sus amigas. Según ellas, salió de los probadores para buscar otra talla y nunca volvió.

Una persona menos a la cual buscar.

En el hospital, tomaron fotos de todas las chicas, incluso de las que murieron en el camino o al llegar, y estaban buscándolas en la base de datos de personas desaparecidas. Sin embargo, los resultados tardarían en estar disponibles. Cuando los agentes o los doctores les preguntaban su nombre a las que estaban en mejores condiciones, ellas volteaban a ver a esta chica, que sin duda es su líder, y la mayoría no dijo nada. Unas cuantas parecieron pensarlo antes de estallar en sollozos, lo que hizo que las enfermeras llegaran a toda prisa.

Pero con la chica que estaba en la sala de interrogatorio no fue así. Cuando la cuestionaron, ella simplemente miró hacia otro lado. Por lo que han podido ver, parece que es alguien que no tiene ningún interés en que la encuentren. Esto hace que entre ellos haya quien se pregunte si es realmente una víctima.

Victor suspira, se acaba lo que queda de su café y aplasta el vaso antes de lanzarlo al basurero que está junto a la puerta. Preferiría esperar a Ramírez; que haya otra mujer en la habitación siempre es de ayuda en circunstancias como esta. ¿Puede esperarla? No hay forma de saber cuánto tiempo estará con los padres, o si otros acudirán en masa al hospital cuando las fotos aparezcan en los medios. Si es que se las hacen llegar a los medios, se corrige, frunciendo el ceño. Odia esa parte, odia exponer las fotos de las víctimas en todas las televisiones y en los periódicos, porque ya nunca habrá manera de olvidar lo que les pasó. Esperarán hasta tener la información de las personas desaparecidas.

Detrás de él, la puerta se abre y se cierra de golpe. La habitación está insonorizada, pero el cristal vibra ligeramente y la chica se yergue con rapidez, entrecerrando los ojos ante el espejo. Y es de suponer que también ante aquellos que están detrás, como ella debe de saber.

Victor no volteo. Nadie azota las puertas como Brandon Edison.

—¿Tienes algo?

—Encontraron coincidencias con un par de reportes bastante recientes y los padres están en camino. Hasta ahora todas son de la Costa Este.

Victor retira la fotografía del cristal y se la vuelve a guardar en el bolsillo del saco.

—¿Algo más sobre nuestra chica?

—Algunas se refirieron a ella como Maya, después de que la trajeron aquí. Sin apellidos.

—¿Es su verdadero nombre?

—Lo dudo.

Eddison se esfuerza para cerrarse la chamarra por encima de su camiseta de los Redskins. Cuando el personal de emergencias encontró a las sobrevivientes llamó al equipo de Victor, que estaba fuera de servicio, para que se hiciera cargo. Conociendo los gustos de Eddison, Victor agradece que no haya ninguna mujer desnuda en su camiseta.

—Tenemos un equipo revisando la casa principal para ver si ese bastardo guardaba algo personal.

—Creo que podemos estar de acuerdo con que guardaba cosas muy personales de las chicas.

Quizá al recordar lo que vio en la propiedad, Eddison no discute.

—¿Por qué ella? —pregunta—. Ramírez dice que hay otras que no tienen heridas graves. Están más asustadas, quizá con más ganas de hablar. Esta parece difícil de tratar.

—Las otras chicas están pendientes de ella. Quiero saber por qué. Deben de estar desesperadas por volver a casa, pero, entonces, ¿por qué la voltean a ver y eligen no responder nuestras preguntas?

—¿Crees que ella podría estar involucrada?

—Eso es lo que debemos averiguar. —Victor inhala profundamente mientras toma una botella de agua de la barra—. Bueno, vamos a hablar con Maya.

La chica se recarga en el respaldo de su silla cuando los hombres entran a la sala de interrogatorios; tiene los dedos cu-

biertos de gasas y entrelazados sobre su estómago. No es una postura tan defensiva como Victor hubiera esperado, y es claro, por el gesto de su compañero, que a él también lo desconcertó. Ella los mira con desinterés, contemplando detalles y tomando nota mental de sus ideas, ninguna de las cuales se refleja en su rostro.

—Gracias por venir con nosotros —la saluda Victor, disimulando que no tuvo mucha opción—. Él es el agente especial Brandon Eddison, y yo soy el agente a cargo, Victor Hanoverian.

Las comisuras de los labios de la chica se elevan en un movimiento tan fugaz que no podría llamarse sonrisa.

—Agente especial a cargo, Victor Hanoverian —repite ella, con la voz rasposa a causa del humo—. Vaya trabalenguas.

—¿Prefieres Victor?

—En realidad no tengo ninguna preferencia, pero gracias.

Él destapa la botella de agua y se la pasa, aprovechando el momento para reajustar su estrategia. En efecto, no está traumatizada y tampoco es tímida.

—Normalmente hay otra parte en las presentaciones.

—¿Los chismes simpáticos? —pregunta la chica—. ¿A usted le gusta tejer canastas y nadar durante un buen rato, y a Eddison le gusta recorrer las calles con tacones y minifalda?

Eddison gruñe y azota un puño contra la mesa.

—¿Cómo te llamas?

—No sea grosero.

Victor se muerde el labio para reprimir la tentación de sonreír. No ayudaría a la situación y, sin duda, tampoco ayudaría a tranquilizar a su compañero, pero la tentación está ahí de cualquier manera.

—¿Podrías decirnos cómo te llamas, por favor?

—No, gracias. Creo que no quiero compartir eso.

—Algunas de las chicas te llamaron Maya.

—Entonces, ¿para qué se molestan en preguntarme?

Victor escucha cómo Eddison respira hondo, pero lo ignora.

—Nos gustaría saber quién eres, cómo llegaste aquí. Queremos ayudarte a volver a casa.

—¿Y si les digo que no necesito su ayuda para volver a casa?

—Me preguntaría por qué no volviste antes.

Casi esboza una sonrisa y mueve una ceja de una manera que podría significar aprobación. Es una chica hermosa, con la piel dorada y ojos color café claro, casi ámbar; pero no es amable. Si quiere una sonrisa, tendrá que ganársela.

—Creo que ambos sabemos la respuesta a eso. Pero ya no estoy allá, ¿verdad? Desde aquí sí puedo irme a casa.

—¿Y dónde está tu casa?

—No estoy segura de si aún sigue ahí.

—No estamos jugando —suelta Eddison.

La chica lo observa con serenidad.

—No, claro que no. Hay gente muerta, vidas arruinadas, y estoy segura de que a usted le afectó mucho tener que salirse de su partido de fútbol.

Eddison se ruboriza mientras sube más el cierre de su chamarra para cubrir su camiseta.

—No pareces nerviosa en absoluto —señala Victor.

Ella se encoge de hombros y le da un trago al agua, sosteniendo la botella con cuidado entre sus manos vendadas.

—¿Debería estarlo?

—La mayoría de la gente se pone nerviosa cuando habla con el FBI.

—No es tan diferente de hablar con... —Se muerde el maltrecho labio inferior y hace una mueca de dolor ante las perlas de sangre que se escapan de su piel partida. Da otro trago.

—¿Con? — Victor le refresca la memoria, con amabilidad.

—Con él —responde—. El Jardinero.

—¿Hablabas con el jardinero del hombre que te tenía prisionera?

Ella niega con la cabeza.

—Él era el Jardinero.

Tienen que entender que no le puse ese nombre por miedo, ni por adoración ni por ningún extraño sentido de la propiedad. Yo ni siquiera le puse ese nombre. Como todo lo que había en aquel lugar, se tejió con los hilos de nuestro desconocimiento.

Lo que no se conocía se creaba, y lo que no se creaba al final dejaba de importar. Supongo que es una forma de pragmatismo. Las personas cálidas y amorosas que necesitan desesperadamente la aprobación de los demás se vuelven víctimas del síndrome de Estocolmo, mientras que los demás caemos en el pragmatismo. Después de ver ambos lados en otros, yo me quedo con el pragmatismo.

Escuché ese nombre durante mi primer día en el Jardín.

Desperté con un dolor de cabeza insoportable, cien veces peor que cualquier resaca que hubiera experimentado en mi vida. Al principio ni siquiera podía abrir los ojos. Con cada respiración, sentía punzadas en mi cabeza, y ni hablar de moverme. Debí de hacer algún ruido, porque de pronto tenía un trapo frío y húmedo sobre la frente y los ojos, y una voz me juraba que era sólo agua.

No estoy segura de qué me alteraba más: el hecho de que fuera evidente que para ella era habitual preocuparse por eso o el hecho de que fuera una chica. Ninguno de los dos que me secuestraron era mujer, de eso estaba muy segura.

Un brazo se deslizó detrás de mis hombros, enderezándome con suavidad, y una mano llevó un vaso hasta mis labios.

—Es sólo agua, lo prometo —dijo.

Bebí. En realidad ni siquiera importaba si era «sólo agua» o no.

—¿Puedes tragar pastillas?

—Sí —susurré, y ese mínimo sonido hizo que otro clavo se me enterrara en la cabeza.

—Entonces, abre la boca.

Cuando lo hice, ella me puso dos pastillas planas en la lengua y me acercó el agua de nuevo. Me las tragué obedientemente, luego intenté no vomitar cuando me recostó con suavidad en un colchón firme y una sábana fresca. No dijo nada más por un largo rato, hasta que las luces de colores dejaron de bailar en el interior de mis párpados y comencé a controlar mis movimientos. Entonces, la chica retiró la tela de mi cara y protegió mis ojos de la luz del techo hasta que pude dejar de parpadear.

—No es la primera vez que haces esto —renegó.

Me pasó el vaso de agua.

Aunque estaba encogida en un banco junto a la cama, era fácil ver que era alta. Alta y fuerte, con piernas largas y músculos firmes, como una amazona. O más bien una leona, porque se acomodaba como si no tuviera huesos, igual que un felino. Tenía recogido su cabello dorado oscuro de una manera despreocupada pero elegante, que revelaba un rostro de rasgos fuertes y ojos café oscuro con toques de oro. Llevaba un vestido negro y suave que se amarraba al cuello.

Aceptó mi obvio escrutinio con algo parecido al alivio. Supongo que era mejor que gritar histérica, lo cual probablemente ya había vivido antes.

—Me dicen Lyonette —me dijo cuando ya la había observado lo suficiente y devolví mi atención al agua—. No te molestes en decirme tu nombre porque no voy a poder usarlo. Lo mejor es olvidarlo, si puedes.

—¿Dónde estamos?

—En el Jardín.

—¿El Jardín?

Se encogió de hombros y lo hizo con un movimiento fluido, más grácil que poco elegante.

—Es un nombre tan bueno como cualquier otro. ¿Quieres verlo?

Me miró sin decir nada más.

De acuerdo. Bajé las piernas por el borde de la cama, puse los puños sobre el colchón y me di cuenta de que podía ver cada parte de mi cuerpo.

—¿Tienes algo de ropa?

—Ten.

Me pasó algo sedoso y negro que resultó ser un vestido a la rodilla, ajustado, con cuello alto y espalda descubierta. Muy descubierta. Si hubiera tenido hoyos en las nalgas, ella los habría visto. Me ayudó a amarrarme el cinturón, que era como una cuerda alrededor de la cadera y luego me empujó con suavidad hacia la puerta.

La habitación era sencilla e incluso austera, no tenía nada más que la cama, un pequeño retrete y un lavabo en una de las esqui-

nas. En otra había una diminuta regadera descubierta. Las paredes estaban hechas de cristal grueso, con un espacio abierto donde debería ir la puerta; una vía recorría el cristal a ambos lados.

Lyonette se percató de que yo miraba las vías y frunció el ceño.

—Bajan unas paredes sólidas para mantenernos dentro de nuestras habitaciones y fuera de la vista —explicó.

—¿Muy seguido?

—A veces.

El espacio donde iría la puerta daba a un pasillo estrecho que se extendía hacia la derecha, pero sólo un poco hacia la izquierda antes de llegar a otra esquina. Casi justo al otro lado de la puerta había otra entrada con más vías: conducía a una cueva húmeda y fría. Al otro lado de la cueva se abría un arco que dejaba pasar una brisa que recorría el oscuro espacio de piedra, y afuera unos destellos de luz brillaban en la cascada que borboteaba y salpicaba. Lyonette me condujo hacia el exterior, al otro lado de la cortina de agua, a un jardín tan hermoso que casi dolía mirarlo. Unas flores brillantes y de todos los colores imaginables crecían en medio de una desenfrenada profusión de hojas y árboles, con nubes de mariposas revoloteando entre ellos. Un peñasco artificial se erguía frente a nosotras, con más hierbas y árboles en la planicie de su cima, y los árboles en las orillas apenas rozaban los lados del techo de cristal, que se elevaba a una altura imposible. A través de la parte baja de la vegetación, vi unas paredes altas y negras, demasiado altas para apreciar qué había al otro lado, y unos pequeños espacios abiertos enmarcados por enredaderas. Pensé que podrían ser la entrada a otros pasillos como en el que habíamos estado.

El patio interior era enorme, su tamaño casi resultaba abrumador aun antes de ver la explosión de colores. La cascada desembocaba en un estrecho arroyo que bajaba serpenteando hasta un pequeño estanque adornado con lirios acuáticos, y unos senderos de arena blanca recorrían el verdor hasta las otras puertas.

La luz que entraba por el techo era de un color lavanda oscuro con rayos rosas e índigos: era por la tarde. Me secuestraron

a plena luz, pero de algún modo no creía que estuviéramos en el mismo día. Giré con lentitud, intentando contemplarlo todo, pero era demasiado. Mis ojos no podían ver ni la mitad de lo que había y mi cerebro no podía procesar lo que observaba.

—¿Qué diablos...?

Lyonette se rio de verdad, con un fuerte sonido que se cortó de golpe, como si tuviera miedo de que alguien pudiera escucharlo.

—Le decimos el Jardinero —dijo con indiferencia—. Le queda bien, ¿no?

—¿Qué es este lugar?

—Bienvenida al Jardín de las Mariposas.

Volteé para preguntarle qué significaba, pero entonces lo vi.

La chica da un largo sorbo al agua y hace que la botella ruede entre sus manos. Como no da señales de continuar, Victor golpetea la mesa con suavidad para atraer su atención.

—¿Qué viste? —le recuerda dónde estaban.

Ella no responde.

Victor saca la foto del bolsillo de su chamarra y la coloca en la mesa entre ellos.

—¿Qué viste? —reitera.

—Mire, hacerme preguntas cuya respuesta ya conoce no me anima a confiar en usted. —Relaja los hombros y se reclina en su asiento con un gesto de comodidad.

—Somos el FBI. Por lo general la gente considera que somos los buenos.

—¿Y Hitler creía que él era malo?

Eddison se recorre de golpe hasta el borde de su asiento.

—¿Estás comparando al FBI con Hitler?

—No, estoy abriendo una discusión sobre perspectiva y relatividad moral.

Cuando recibieron la llamada, Ramírez fue directamente al hospital y Victor vino aquí a coordinar la avalancha de información entrante. Eddison fue quien inspeccionó la propiedad.

Él siempre reacciona con enojo al horror. Y con eso en mente, Victor dirige su mirada a la chica que está al otro lado de la mesa.

—¿Te dolió?

—Muchísimo —respondió, trazando las líneas en la foto.

—El hospital dice que tiene algunos años.

—Lo dice como si fuera una pregunta.

—Es una declaración que busca ser confirmada —aclara, y esta vez sí se le escapa una sonrisa.

Eddison lo mira con enojo.

—Los hospitales son muchas cosas, pero completamente incompetentes no suele ser una de ellas.

—¿Y qué diablos quiere decir eso? —pregunta Eddison.

—Que sí, tiene algunos años.

Victor reconoce los patrones tras años de preguntarles a sus hijas sobre sus boletas de calificaciones, exámenes y novios. Deja que el silencio se extienda por un minuto, luego dos, y observa que la chica voltea la foto con cuidado. Probablemente los loqueros del equipo tendrían mucho que decir sobre eso.

—¿A quién le pidió que lo hiciera?

—A la única persona en el mundo en la que podía confiar sin reservas.

—Un hombre con muchos talentos.

—Vic...

Sin quitar los ojos de la chica, Victor golpea la pata de la silla de su compañero, desconcertándolo. Su gesto recibe como recompensa algo que apenas sugiere una sonrisa. No es una sonrisa real, ni siquiera su fantasma, pero algo que se le parece.

La chica echa un vistazo bajo los bordes de la venda que envuelve sus dedos, colocada más como si fueran unos guantes que como mitones.

—Las agujas hacen un sonido espantoso, ¿no? Al menos cuando tú no las elegiste. Pero sí es una elección, porque hay una alternativa.

—La muerte —aventura Victor.

—Peor.

—¿Peor que la muerte?

Pero Eddison palidece y la chica lo nota; en lugar de burlarse, le ofrece un movimiento de cabeza solemne.

—Él lo sabe. Pero usted no ha estado ahí, ¿verdad? Leer al respecto no es lo mismo.

—¿Qué es peor que la muerte, Maya?

Ella se rasca con la uña una de las costras frescas en su dedo índice, arrancándola y provocando que unos puntos de sangre se extiendan por la gasa.

—Le sorprendería lo fácil que es conseguir herramientas para hacer tatuajes.

Cada noche de la primera semana había algo en mi cena que me volvía dócil. Lyonette se quedaba conmigo durante el día, pero las otras chicas —aparentemente había más que unas pocas— se mantenían alejadas. Era lo normal, según me dijo mi acompañante cuando lo comenté durante el almuerzo.

—Los lloriqueos las estresan —dijo con la boca llena de ensalada. Pese a todo lo que podría decirse del misterioso Jardiner, ofrecía excelentes comidas—. La mayoría prefiere mantener las distancias hasta que sepamos cómo se va a adaptar la chica.

—Excepto tú.

—Alguien tiene que hacerlo. Yo puedo soportar las lágrimas si tengo que hacerlo.

—Entonces debes de estar muy agradecida de que a mí no me hayas visto ninguna.

—Por cierto... —Lyonette pinchó una tira de pollo asado y giró su tenedor— ¿has llorado?

—¿Tendría caso hacerlo?

—O te voy a odiar o te voy a amar.

—Avísame, intentaré comportarme como corresponda.

Me ofreció una enorme sonrisa, mostrando todos los dientes.

—Mantén esa actitud, pero no la uses con él.

—¿Por qué quiere que duerma durante la noche?

—Medidas de seguridad. Después de todo, allí afuera hay un peñasco.

Eso hizo que me preguntara cuántas chicas se habrían aventado desde ahí antes de que él implementara esas medidas de seguridad. Intenté calcular la altura de esa monstruosidad artificial. ¿Siete, quizá nueve metros? ¿Era lo suficientemente alto como para que alguien muriera por el impacto?

Me había acostumbrado a despertar en ese cuarto vacío cuando las drogas perdían su efecto, con Lyonette sentada en un banquito junto a la cama. Pero al final de la primera semana desperté acostada boca abajo en una banca con un relleno duro y el olor astringente y denso del antiséptico en el aire. Era una habitación distinta, más grande, con paredes de metal en vez de cristal.

Y había alguien más en ella.

Al principio no pude ver nada por el sueño artificial, que aún mantenía mis párpados pegados, pero podía sentir que había alguien más. Mantuve mi respiración pausada y tranquila, esforzándome por escuchar, hasta que una mano se posó sobre mi pantorrilla desnuda.

—Sé que estás despierta.

Era la voz, de tono medio y sofisticada, de un hombre, con un acento del Atlántico central. Una voz agradable. La mano acarició mi pierna, subió por mis nalgas y recorrió la curva de mi espalda. Conforme despertaba, la piel se me erizó pese a lo cálido del cuarto.

—Preferiría que te quedaras muy quieta; de otro modo, los dos tendremos que lamentarlo. —Cuando intenté girar en dirección a su voz, la mano se movió hacia la parte posterior de mi cabeza para que me quedara quieta—. Preferiría no tener que amarrarte para esto, arruina los trazos de mi trabajo. Si sientes que no puedes permanecer inmóvil, te daré algo que lo garantizará. Pero, te repito, preferiría no hacerlo. ¿Puedes quedarte quieta?

—¿Para? —pregunté casi en un susurro.

Entonces depositó un trozo de papel suave y brillante sobre mi mano.

Intenté abrir los ojos, pero los somníferos siempre hacían que se pegaran más de lo normal por la mañana.

—Si no va a comenzar *en este momento*, ¿puedo sentarme, por favor?

La mano acarició mi cabello y sus uñas rasparon ligeramente mi cabeza.

—Puedes —respondió con tono sorprendido, pero igualmente me ayudó a sentarme en la banca. Me tallé los ojos para retirar los cristales que se me habían formado y miré la imagen que tenía en la mano, consciente de que la suya seguía acariciando mi cabello. Pensé en Lyonette, en las otras chicas que había visto de lejos, y no podía decir que me sorprendiera.

Me asqueaba, pero no me sorprendía.

Se paró detrás de mí y el aire que lo rodeaba estaba impregnado de una colonia con olor a especias. Sutil, probablemente cara. Tenía frente a mí el equipo completo de un tatuador, con las tintas acomodadas en una bandeja.

—Hoy no quedará el diseño completo.

—¿Por qué nos tatúa?

—Porque un jardín debe tener sus mariposas.

—¿Hay alguna posibilidad de que dejemos eso en una metáfora?

Se rio, y su risa se escuchó como un sonido fuerte y simple. Era un hombre que amaba reírse y no encontraba suficientes razones para hacerlo tanto como le gustaría, por eso le encantaba que surgiera una oportunidad. Con el tiempo aprendes cosas, y esa es una de las más grandes que aprendí sobre él. Quería más alegría en la vida de la que podía encontrar.

—Ahora entiendo por qué le caes bien a mi Lyonette. Eres un espíritu salvaje, como ella.

No tenía una respuesta para eso, nada que tuviera sentido.

Con cuidado enredó sus dedos en mi cabello, echándolo detrás de mis hombros, y tomó un cepillo. Lo pasó por todo mi pelo hasta que no quedó ni un solo nudo, e incluso siguió después de eso. A decir verdad, creo que lo disfrutaba tanto como otras cosas. Cepillar el cabello de otra persona es un placer tan simple. Al igual que el hecho de que se te permita hacerlo. Finalmente lo recogió en una coleta y la sostuvo con un elástico, luego lo anudó en un pesado chongo y lo fijó con una liga y con pasadores.